

# EL REGALO

En realidad sucedió de una forma imprevista, como una sagaz jugarreta del destino. Aquella tarde volvía del mercado y al llegar al rellano de la escalera vislumbré una luz en la suave penumbra del descansillo. La puerta del vecino se hallaba entreabierta. De fondo se escuchaba el hipar sofocado de una persona. Yo, por regla general, suelo presumir de tener un talante ajeno a los chismorreos y a las curiosidades que no me son propias de modo que resolví ignorar aquellos gemidos y ya me aprestaba a abrir la puerta de mi apartamento cuando escuché una vocecilla tras de mí.

- Sin duda trae algo fresco, ¿verdad? Umm, quizá unos filetes de carne o algo mejor...

Me di la vuelta. Era mi vecino asomando la cabeza por el resquicio de su puerta. Abrió los ojos con desmesura y husmeó el aire como un animal salvaje y hambriento.

- Únicamente compré algunas verduras, un poco de pan ácimo y una botella de vino dulce - le respondí resistiendo su mirada insidiosa-. Sin duda la falta de dinero... - me excusé a sabiendas de que no tenía ninguna obligación de revelarle las razones de mi escasa alimentación.
- ¡Vegetales, dichosos vegetales! -gimió-. Mi estómago ha encogido una barbaridad a causa de ellos. Añooro la carne, el olor penetrante de las vísceras... Usted tiene la complexión de un toro, los brazos fornidos, las piernas tensas...

No me dirá que tal milagro se debe al pan ácimo y a un puñado de alcachofas, ¿verdad?...

Entonces lo vi. Al trasluz me pareció un sutil espejismo, pero una indagación desvergonzada hizo ver que no me equivocaba. Le faltaban cuatro de los cinco dedos de su mano derecha. Únicamente subsistía el dedo pulgar. Inmediatamente comencé a sentir un mareo, las piernas se vinieron abajo y hube de apoyarme sobre el quicio de mi puerta para no caer. Mi vecino, quizá presintiendo el desfallecimiento, entró y volvió con un vaso de agua. Su ofrecimiento se me antojaba tan singular y extraño como su mano sajada, su rostro decrepito o sus dientes sucios y helgados. Las ropas harapientas le conformaban hasta semejar un monstruo ficticio y no obstante tan real, tan caprichosamente real...

- Supongo que no puedo pedirle que me comprenda, que comprenda los sufrimientos y las penurias de un hombre pobre y defenestrado... - adujo a modo de disculpa. Se miraba la mano amputada y suspiraba con afectación-. La pobreza, el hambre, la carestía, todas he padecido y a todas me he entregado. ¿Quiere ver mis pies?... - y se habría descalzado si yo no le hubiera atajado con un ademán de angustia figurándome las inquietas visiones que aquellas botas cuarteadas y malolientes escondían dentro de sí-. Mi esposa falleció y el resto vino por añadidura: escaseaba el trabajo y me vi en la calle, sin familia, sin amigos, con un mísero perro que hube de matar para que no sufriera el mismo hambre que yo padecía...

Aquí se relamió y un acceso de locura asomó a sus ojos torturados.

Enseguida especulé que estaba trastornado y comprendí que el pobre chucho había terminado por servirle de almuerzo o algo aún peor. Como si necesitara a toda costa

apartarle de mi lado, aproveché la ocasión para pedirle un nuevo vaso de agua y cuando se hubo alejado por el pasillo, me volví y, casi a rastras, entré en mi apartamento.

Durante las dos semanas siguientes únicamente abandoné mi apartamento para ir a trabajar. El resto del tiempo lo dedicaba a atisbar por la mirilla de mi puerta la de mi vecino. Era incapaz de apartar de mi cabeza las condiciones vitales de aquel hombre que desconocía y que, no obstante, había causado tan extraña mella en mi corazón... y también en mis miedos.

El hecho de pensar por un instante en la posibilidad de verme como víctima de esa clase de penurias o de caer en la tentación de cometer un acto tan pavoroso como aquella automutilación hizo que adoptara ciertas precauciones. Inspeccioné los alimentos que almacenaba en la despensa y los distribuí adecuadamente para salvar un mes o tal vez cinco semanas. Eran en su mayoría envases enlatados de pescado y de verduras, unas botellas de leche, algunas cajas de galletas, pastelillos de chocolate, algo de pan y unas lonchas de tocino que atraían toda mi atención por cuanto ellas eran la única porción de carne que había logrado adquirir en el mercado negro. Las racionaba con esmero pero también con la congoja de quien se ve apesadado por la tiranía del dinero. En eso no me diferenciaba de mi vecino. Podía ser más alto, más apuesto, más vigoroso y atlético, pero sin duda mi miseria y mi escasez de medios se equiparaban a los suyos, si no en la forma sí en el fondo. Y sin duda, como él, como mi vecino, yo también añoraba los buenos tiempos, las épocas prósperas, el dispendio absoluto, la libertad de mi ánimo y de mi gáznate para saborear una cerveza, una hermosa tarta o un delicioso bistec como el que añoraba y perseguía mi infeliz vecino.

Un bistec, un pedazo de carne, la herencia corporal de algún animal comestible, a eso se reducía la ambición de aquel pobre viejo.

Y también la mía. Al cabo de tres semanas alimentándome exclusivamente de galletas, pan, queso y sardinas enlatadas comencé a comprender el alcance de la agonía de mi vecino, su perentoria necesidad y a pesar de que me mantenía fuerte y razonablemente sano evidencí que mi estomago encogía paulatinamente y que dos míseras porciones de queso me hinchaban dándome la apariencia de hartazgo cuando en realidad no me proporcionaban más que ardores y ciertos rugidos estomacales realmente escandalosos.

Además de la obsesión alimenticia, me costaba conciliar el sueño y comenzaron a visitarme como una bandada de cuervos hostiles las pesadillas donde aparecía mi vecino devorándose la mano, royéndose los dedos de los pies y los tobillos, relamiéndose los huesos..., un festín de sangre y de saciedad que no lograba soslayar ni dormido ni despierto.

Como era previsible, los noticieros de la radio anunciaron una realidad caótica: la inflación en el precio de la carne se había disparado. El acto de saborear un filete suponía más de la mitad del salario de todo un mes.

Puesto que jamás me vi en tal tesitura, desconozco si las miserias se sufren con mejor disposición si se comparten. Por supuesto, si yo tenía mi soledad, mi hambre y mi tristeza dispuestas para una mano salvadora, imaginaba que mi vecino no se mantendría de brazos cruzados.

Como ya he expuesto, él era un viejo y yo un jovenzuelo; él vestía unos harapos y yo, bueno, yo me vestía con cierta elegancia; él acarreaba el esqueleto de un moribundo y yo malvivía dentro de una robustez razonable... Nuestra respectiva edad nos daba y nos quitaba según lo acordado y pese a ello el rasero del hambre nos medía y nos torturaba sin ninguna clase de distingos. Él ansiaba su ración de carne y yo no me quedaba atrás.

Exponerlo de un modo tan riguroso bien podría considerarse como un mero capricho, el estúpido antojo de dos hombres descontentos con el hierro de las espinacas, el calcio

del queso o la fibra de las galletas... Y no puedo esconder que algo de manía se disfrazaba bajo esas consideraciones en apariencia tan desesperadas. No obstante tampoco puede ignorarse que existe en la propia naturaleza del hombre un afán por alcanzar lo lejano y poseer lo que le es esquivo y que para nosotros, para mi vecino y para mí, sendos bistés se nos antojaban como dos caballos a la carrera que codiciábamos atrapar con nuestras desesperadas manos.

De modo que una mañana me encontré llamando a la puerta de mi vecino. El timbre sonó torpe y quejumbroso, muy a tono con su huésped. Los goznes sonaron y asomó mi vecino, algo felón, corvado, un apócope de hombre.

- Entre, entre... -gruñó. Me invitaba a pasar agitando la mano izquierda, la buena-.  
Estoy cocinando unas verduritas y debo vigilar el fuego.

Se dirigió a la cocina, desde donde emanaba un olor acre a cebolla hervida que bañaba todo el saloncito. Éste era un cuarto angosto y desordenado, sumido en la penumbra. En su lado oeste, sin embargo, advertí la presencia de la mesa de comedor dispuesta para el almuerzo. Un almuerzo que al parecer degustarían dos personas. Estaba preguntándome quien sería el infeliz que compartiría con mi vecino la “sabrosísima” cebolla hervida cuando él vino a sacarme de dudas.

- ¿A qué espera? Siéntese, acomódese. En un par de minutos todo estará listo.  
Supongo que estará hambriento...

Levantó una de las persianas y se esfumó. Apareció por el pasillo portando una gran olla humeante que casi le ocultaba por completo. Le ayudé a situarla sobre la trébede. Acto seguido él remetió un tenedor, extrajo un puñadito de zanahorias y las colocó sobre una fuente. Hizo lo mismo con las cebollas, unos pedazos de brócoli, tres patatas y unos ridículos y traviosos champiñones. Dispuso la fuente en el centro, junto al salero y la aceitera y se sentó frente a mí.

Comimos en silencio, degustando las supuestas virtudes de aquellos insípidos vegetales. Mi vecino, encorvado sobre el plato al igual que si devorara el manjar máspreciado, estiraba de cuando en cuando el cuello hacia mí y observaba el paquete que se hallaba a mi lado. Lo había llevado para él, era mi manera de pedirle disculpas por el incidente anterior, pero me encontraba falto de las palabras y de las fuerzas precisas para entregárselo sin causar una impresión en cierto modo pretenciosa o fingida.

- Parece harto - me dijo-. No se preocupe, yo también lo estoy... Supongo que nuestros estómagos se revelan contra la inagotable rutina de las cebollas y las patatas...

Su rostro reflejaba una serenidad abrumadora.

- Hace mucho tiempo que no disfrutaba de compañía... -continuó-. En el ministerio no quieren saber nada de mí ni de mi pensión. He pasado de ser un mísero viudo a ser un tipo invisible y despreciable ignorado por todo el mundo...

Entonces dibujó un rictus doloroso y comenzó a llorar amargamente, tratando de ocultar aquellos ojillos de rata con el dedo índice de su mano mutilada. Me sentía tan apesadumbrado que bajé la testa y seguí comiendo las verduras hasta dejar el plato como una patena.

- Siento haber reaccionado así... - se excusó-. Usted no lo comprende... No se moleste pero su patrona me ha dicho que trabaja en la fábrica y que se encuentra soltero... Una condición favorable que no imagina cuanto envidia... Un hombre libre provisto de un buen puñado de dinero..., dinero con el cual visitar al carnicero y recrearse no sólo la vista sino también el gáznate...

Alzó la vista y me escrutó acercándome la olla sin perder de vista el paquete.

- Yo, yo – titubeé-, yo también sufro ciertas penalidades y no obstante...

Eché una ojeada al paquete.

- ...estaría complacido si usted compartiera este presente conmigo... – comencé a decir pero no supe continuar y me limité a acercarle el obsequio.

Sin duda, el más célebre y versátil de los actores habría sucumbido ante tal muestra de transformación... El rostro iluminado, la mirada perdida, la boca abierta, la sonrisa bobalicona..., un poco de hilo de bramante y un envoltorio habían obrado un nuevo milagro en aquel cuerpo escarnecido. Mi vecino cogió un cuchillo, cortó el hilo y retiró el papel.

Yo, mientras realizaba el proceso inverso, es decir, mientras envolvía el regalo en mi apartamento, había inducido la secuencia de los hechos venideros, la había transformado varias veces dentro mi cabeza. Suponía sin más que el alborozo del viejo se dispararía tras contemplar el manjar, que se relamería el hocico como un gato ante un nido de ratones y que no esperaría ni cinco minutos para abalanzarse sobre él. Así mismo conjeturaba la posibilidad de que ocurriera todo lo contrario y que el viejo desdeñara aquel obsequio y en cierto modo, me considerara un ser vil e irremediadamente loco. Podría pasar por un insensato o por un filántropo maravilloso..., era un riesgo que no tenía más remedio que correr.

Lo que no esperaba de ninguna manera era la reacción que se produjo y que me heló la sangre. Al descubrir el regalo, el viejo comenzó a reír estentóreamente dándose golpes en el pecho y en las rodillas. Una risa desmedida y socarrona sin duda dirigida contra mí.

- Así que usted pensó que yo me había comido... - comenzó a gritar, y se miraba la mano derecha contando de un modo ficticio los dedos amputados -,...y supongo asimismo que creará que devoré al pobre perro... - y no cejaba de reír y de sacudirse animosamente-. Amigo mío –me confesó-, fue el chucho quien me cercenó los cuatro dedos de la mano derecha y los tres del pie izquierdo durante

un acceso de rabia hace cuatro años... Por esa razón tuve que sacrificarlo...

¡Usted y sus ideas!, ¡menudo loco, menudo loco!...

Y secándose las lágrimas de los ojos volvió a ofrecerme asiento. A continuación extrajo del envoltorio el bíceps de mi brazo derecho, aún sanguinolento, lo examinó y otorgándole el visto bueno se encogió de hombros y me preguntó cómo prefería el bistec.

GUILLERMO DE COX